

EL TEATRO,

No solo para mí, la noticia del *Premio Nobel* del 2005 a Harold Pinter fue una alegre sorpresa. Recordé al enterarme, una vez más, aquel jueves de octubre del 97 en que se anunció que el *Nobel* de ese año era Dario Fo. Mi primera pregunta fue: «¿Y Arthur Miller y Harold Pinter, cuándo entonces?». Eso con absoluta prescindencia de que, a más de la injusticia de ningunear a Miller y Pinter en favor de Fo, se ninguneaba también a Franca Rame, al no hacerla compartir el premio de su esposo, y es de todos sabido que el teatro de Fo, sin Franca, sería impensable. Pero, en fin, tengo entendido que en la Academia Sueca parece que también hay escritoras, y si ellas mismas no quisieron ponerle el cascabel al gato, cómo y por qué hacerlo yo.

Ahora bien: mi pregunta («¿Y Arthur Miller y Harold Pinter, cuándo entonces?») estaba sobre todo justificada por el hecho de que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, los gurús de Estocolmo solo habían condescendido en galardonar a un dramaturgo que pudiéramos llamar, en castellano castizo, *full time*: a ese mismo Dario Fo; además de a otros dos que, aunque también probaron sus armas en otros géneros, mayormente eran dramaturgos: Beckett (1969) y el nigeriano Wole Soyinka (1986), mientras que desde la fundación del premio hasta dicha guerra, los dramaturgos premiados fueron ocho: Björnson (1903), José Echegaray (1904), Maeterlinck (1911), Hauptmann (1912), Jacinto Benavente (1922), Bernard Shaw (1925), Pirandello (1934) y Eugene O'Neill (1936).

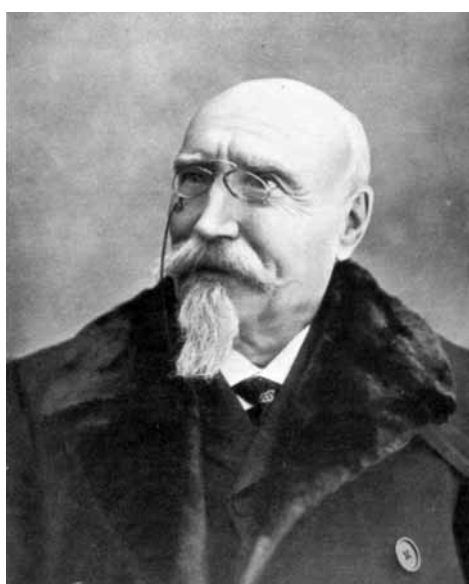
[Inciso curioso: Bernard Shaw es el único escritor que ha obtenido el *Nobel* y además, quince años más tarde, el *Oscar* al mejor guión, por el de *Pygmalion*, en 1939. (Y, por cierto, merece la pena reproducir su comentario, al enterarse: «Es un insulto que me ofrezcan un galardón, como si nunca hubieran oído hablar de mí...», que es probablemente lo que ocurre. Lo mismo podrían concederle un galardón a Jorge por ser el Rey de Inglaterra»). En cuanto a Pinter, que ya tiene el *Nobel*, hay que señalar que estuvo dos veces nominado para el *Oscar*: en 1982 por *Betrayal*, y en 1984 por *La mujer del teniente francés*. Pero regreso al tema principal de esta nota sobre los *Nobel* otorgados a dramaturgos].

Es curioso que por lo que atañe a lo dicho previamente al inciso, la tendencia

LA CENICIENTA DEL NOBEL

Ricardo Bada

[Archivo fotográfico del CDT]



José Echegaray (1832-1916), Premio Nobel de literatura en 1904.



Jacinto Benavente (1866-1954), Premio Nobel de literatura en 1922.

Me parecía infantil,
peor aún: pueril, venir a
negarle el pan y la sal al
autor de varias obras
maestras del teatro
mundial en el siglo xx.

era contraria en lo que respecta a los autores practicantes de varios géneros: solo uno antes de la guerra, Yeats (1923), pero tres después de ella: Eliot (1948), Camus (1957) y Sartre (1964), sin entrar en el detalle de que este rencoroso enano rechazó el Premio que según él se merecía cuando lo recibió Camus —¡qué fea es la envidia!—, mas eso no le impidió intentar cobrarlo en efectivo —¡qué francesa es la avaricia, oh manes de Harpagón! (con lo que seguimos dentro del mundo teatral)—. Pero no nos desviemos. A ellos tres hubiera que añadir en 1999 a Günter Grass (que también ha hecho sus pinitos teatrales) y desde el 2004 a la austríaca beneficiada por la lotería sueca con el premio mayor, y casi sin billete: me refiero, *ça va sans dire*, a Frau Jelinek.

Con lo cual regreso, y no me importa ser reiterativo, a mi pregunta: «¿Y Arthur Miller y Harold Pinter, cuándo entonces?». Porque de todos los géneros literarios, el más ninguneado en la historia del Nobel es el teatro. Por comparanza, hasta la prosa no narrativa (historia, filosofía, ensayística) ha alcanzando marcas dignas del *Libro Guinness de los Récords*, nada menos que seis galardones: Mommsen (1902), Eucken (1908), Spitteler —el suizo que para sorpresa propia se alzó con el Premio en 1919 porque el trono y el altar [españoles] le volvieron a echar bola negra a don Benito Pérez Galdós—, y después de él *mon-sieur* Henri Bergson (1927), Bertrand Russell (1950), y un quídam llamado Winston Churchill (1953), que ¡¡nadie!! sabe por qué recibió el Nobel... y, además, si lo supiera alguien, lo mejor sería que se callara.

La respuesta a mi pregunta llegó tarde para Miller. No para Pinter, y es justicia, aunque tardía.

Y aunque ciertas voces críticas, aquí en Alemania, donde sobrevivo, anduvieron buscando pelos en la leche de tan merecida recompensa, una señora que pasa por crítica lo calificó de *démodé*, sin advertir que lo que está de veras *démodé* es emplear esa palabra. Otro aristarco arguyó que si hace escuela lo de conceder el *Nobel* a quienes han abandonado ya su profesión (era el caso de Pinter, enfermo de cáncer de laringe), entonces terminarán premiando autores difuntos, a lo cual respondí que me alegraba por Kafka, sin ir más lejos. Etcétera. De a deveras, me parecía infantil, peor aún: pueril, venir a negarle el pan y la sal al autor de varias obras maestras del teatro mundial en el siglo xx (*The Caretaker*, *The Collection*, *The Lover*, *The Basement*... o esa *Mountain Language* que tanto se adelantó a las escenas de vejaciones a presos en Abu Greib y en Guantánamo), y de varios guiones cinematográficos de auténtico lujo, entre ellos los de *The French Lieutenant's Woman* de Karol Reisz, *The Last Tycoon* de Elia Kazan, *The Handmaid's Tale* de Volker Schlöndorff, y *The Servant* y *Accident*, ambas de Joseph Losey, en varios de los cuales ha intervenido además como actor (por ejemplo interpretando el divertido papel de Bell, el productor de televisión, en esta última citada). En una palabra, no creo que lo distinguiesen con el *Nobel* por ser, que sí que lo era, *chairman* del Gaeties Cricket Club, lo que me parece un detalle muy simpático de su biografía.

Comprenderase, pues —y perdónenme el arcaísmo, pero intento expresarme en los parámetros de la Academia Sueca—, que mi alegría fuera muy grande al oír la noticia de que tan solo ocho años después de un dramaturgo *full time*, otro, de una calidad bastante superior, dicho sea de paso, se alza con el santo y la limosna. De todo corazón me alegré por Harold Pinter. De quien recuerdo lo que cuenta Arthur Miller de, cuando una vez, en marzo de 1985, y en su condición del miembros del Pen Club Internacional, visitaron juntos Turquía.

«El motivo principal de la visita, de una semana de duración, no era realizar una in-

vestigación sobre los derechos humanos, algo imposible durante una estancia tan corta, sino demostrar a los escritores y artistas del país y a sus presos políticos que el mundo exterior se preocupa por lo que les sucede», escribió Miller. Lo cierto es que de la parte oficial turca no recibieron la menor atención, pero el embajador estadounidense sí se consideró obligado a ofrecer una cena a tan ilustre huésped y compatriota, cena a la que naturalmente también fue invitado Pinter.

Y durante esa cena hubo un violento choque de opiniones contrarias sobre la situación de entonces en Turquía, el cual concluyó ya de sobremesa cuando el embajador comentó, diplomáticamente, que siempre puede haber numerosas opiniones sobre cualquier cosa, a lo que Pinter replicó: «Eso si no tienes un cable eléctrico conectado a los genitales». El embajador se enojó tanto que expulsó a Pinter de su residencia, y Miller se fue con él. Y comenta Miller al acabar de contarle: «Decidimos formar un equipo que visitaría las embajadas estadounidenses en todo el planeta».

Sin meter en danza a García Lorca y Valle Inclán, quienes nunca hubiesen recibido el *Nobel* por razones rigurosamente históricas (y debemos ser muy claros en la práctica del *fair play*), ocioso sería hablar ahora de que Nelson Rodrigues, Bertolt Brecht, Arthur Miller, Tennessee Williams, Max Frisch, Friedrich Dürrenmatt, Eugène Ionesco y hasta, si me apuran, los dos Jeans, Anouilh y Giraudoux, ex aequo, y desde luego Lao She —autor de esa obra maestra que es *La casa de té* y a quien la tristemente célebre Revolución Cultural empujó al suicidio, si es que no fue asesinado por la Guardia Roja en 1966— ..., todos, todos ellos murieron sin probar las delicias de una cena cuyos *hors d'oeuvres* consisten en una terrina de alcachofas con salmón ahumado y langosta, teniendo como plato principal pechuga de paloma con guarniciones y salsas de las de chuparse los dedos, bien que la etiqueta lo prohíbe tácitamente en este caso, y por último el postre, un helado empenachado de algodón de azúcar del color de la vida en la vieja y bella canción de Edith Piaf, es decir: rosa. Se trata del menú de las cenas del *Nobel*.

Skoll! ■